

CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Si las razones y los motivos no hubieran quedado expuestos a la luz del día, ese aire creciente de solidez política que ofrece hoy mismo el pueblo español tendría un no sabemos qué de artificial y de funambulesco. Parece cosa de sueño el ritmo de acelerado y fervoroso resurgimiento que se alza sobre esta vieja plataforma española, mientras por esos mundos, sin querer enterarse o entorandose demasiado, sigue prolongándose tozudamente la alharaca antiespañola. Pero las razones, repetimos, son de tan vívida y refulgente claridad que no cabe frente a ellas ni siquiera la discusión. En la historia de estas crónicas, acaso haya caído en suerte al que actualmente las redacta la tarea de recoger los instantos más afirmativos y multitudinarios de la comunidad española. No sólo frente al extranjero, sino en su misma e íntima expresión nacional, los últimos meses han sido como el tiempo elegido por la Historia —que Dios rige— para dar testimonio de una nueva España. No es contenido y función de nuestra pura tarea informativa la desmelenada y frecuentemente falsa oficiosidad propagandística. Creemos en los valores esenciales del Régimen que acaudilla Franco y nos reservamos, como todo español, nuestro criterio para esta o la otra contingencia formal. Sería, sin embargo, desplegar un chafarrinón de pedantería si por una pretensión exquisita de no rozarnos con lo popular o populachosamente informativo, eludiéramos el relato de lo que ha sido la médula y ritmo de la existencia española en los últimos meses. A lo largo de ellos, no ha sido ésta o la otra manifestación política la que ha definido las obras y

los días, sino que toda la comunidad española, en un ademán inédito de plenitud nacional, ha tenido a bien expresarse con unas intenciones que desbordan cualquier accidentalismo político para convertirse en sustancia misma de la Historia.

¡Tiempos inolvidables los que han transcurrido desde el punto final de nuestra última crónica! Si dijéramos que desde los tiempos esclarecidos y memorables de nuestra guerra, España no había sido nunca tan pletóricamente española, acaso nos acercáramos modestamente hasta los linderos de esta realidad humana que hemos vivido. Los hechos desde aquella fecha hasta ésta no necesitan ser repasados en las colecciones de la prensa diaria, porque están frescos y vivos en el corazón y en su memoria. Surgía a la luz nuestra crónica anterior cuando por el mundo comenzaban a levantarse signos evidentes de la irritación democrática contra el comunismo. Esta irritación se mantiene contenida todavía —al menos en sus aspectos perceptibles— en formulismos verbales que de nada o de muy poco sirven a la política anticomunista. Lo que quieren decir los términos de comunismo y de anticomunismo y, sobre todo, lo que su enfrentamiento exige más allá de todas las posiciones escuetamente dialécticas, lo sabemos demasiado bien por estos lares. Es muy difícil, por otra parte, compaginar algunas actitudes democráticas con otras actitudes de la bellaquería antiespañola. Se comprende muy mal ese gusto de insensatez por parte de unas democracias estratégica y políticamente en crisis, contra un pueblo y un Estado en paz que le aseguran gratuitamente el orden anticomunista en uno de los ángulos más difíciles y peligrosos de la tierra.

Por aquellos días de nuestra última crónica, seguimos, el Presidente Truman esbozaba, para que lo oyeran los reunidos en Moscú, un programa muy enérgico de política internacional. Se acusaba en él, directamente y sin eufemismos, al imperialismo soviético de mantener sobre determinados países un vengonzoso feudo y, sobre todo, de pretender incrementar por el esfuerzo de las armas y con la ayuda y la conjura interna de los partidos comunistas unas directrices de hegemonía antidemocrática que en nada tenían que envidiar a las de Hitler. Tesis, como se comprenderá, que aportaba una ocasional novedad al criterio español mantenido contra viento y

marca de las propias democracias durante once largos y durísimos años. De todas formas, justo es decir que esta coincidencia norteamericana con el punto de vista esencial de la política española motivó en la prensa nacional elogiosos y amplios comentarios, con olvido generoso de muchas ofensas y con un cordial afán de servir, leal y experimentadamente, los trámites de una política internacional que juzgamos y juzgaremos indestructible e inseparable de la causa de la paz. Y si, como decíamos, nos parece que aun esa política se circunscribe a moldes livianamente dialécticos, ahí están para demostrarlo determinadas e incorrectas actitudes seguidas contra España —a petición de la U. R. S. S.— en algunos organismos internacionales de carácter cooperativo y técnico.

CATALUÑA Y FRANCO

Los grandes temas de esta prodigiosa sinfonía española, cantada ante el mundo en los últimos meses, adquirieron por sí solos tal entidad y dimensión que la crónica de este número ha de limitarse exclusivamente a ellos. No han faltado, como es lógico, en un período de tiempo de tal intensidad política y nacional, acontecimientos importantes cuya menor cuantía exige, no obstante y por razón de espacio, la supeditación a los tres máximos hechos compartidos por todos los españoles en recientes fechas. Estos tres grandes acontecimientos son: el viaje del Caudillo a Levante, la inolvidable visita que la señora del Presidente de la República Argentina, D.^a María Eva Duarte de Perón, ha hecho a nuestra Patria y la afirmación constitucional del Régimen verificada en la Ley de Sucesión y respaldada por el veredicto inmenso de la casi totalidad del censo electoral.

El viaje del Jefe del Estado al Levante español se inició cuando los augures de fuera garantizaban al Régimen una nueva oleada de desdenes externos y, por si fuera poco, la intensificación de una subversión interna que, según ellos, se preparaba en las zonas más laboriosas y prósperas de la nación. Un conflicto estallado en Bilbao, de proporciones muy limitadas, con la mano criminal del separatismo por medio y, sin embar-

go, detenido rápidamente no sólo por la energía gubernativa sino, sobre todo, por la propia decisión de los obreros, servía paladinamente para esta nueva profecía. Franco decidió en ese instante emprender un largo y detenido viaje por todo el Levante español. Las zonas más extensas y ricas del trabajo nacional iban a ser revistadas por el Caudillo. El día 11 de mayo, después de inaugurar unas importantes obras hidráulicas construídas en la provincia, el Caudillo hizo su entrada en la capital de Valencia. En esta ocasión el entusiasmo y la sinceridad rebosante de todo el pueblo valenciano consiguieron convencer no sólo a los españoles, ya perfectamente convencidos, sino que, incluso, el grupo de corresponsales extranjeros que presenció la entrada de Franco en Valencia informó a sus periódicos y a sus agencias con cifras y pormenores más cercanos a la realidad que en otras muchas ocasiones. La inauguración de la Feria de Muestras, pujante y renovada demostración de la actividad española, en medio del marco deslumbrante de Valencia, ofreció al Caudillo la oportunidad de reafirmar ante una inmensa masa humana los intangibles fundamentos de la política española. A lo largo de todo el viaje por el Levante español, el Jefe del Estado —obligado por tantas circunstancias y ocasiones— aludió en todos sus discursos a la política social y a su exigente incorporación en toda obra de gobierno.

La huerta valenciana fué después el escenario maravilloso de un entusiasmo sin límites. Bajo una lluvia implacable, caída dichosamente sobre los campos más apretados y fecundos de la tierra española, el Caudillo recorrió una larga serie de pueblos. Los noticiarios cinematográficos, más que cualquier relato, han llevado al pueblo español y más allá de sus fronteras la veracidad del suceso. Estos contactos frecuentísimos entre el Caudillo y la multitud española adquieren ya el mismo signo por todos los rincones de España. En ningún país del mundo y en ninguna oportunidad política —por muy popular y nacional que se la estime— ha tenido que rogarse a la prensa propia que evite en lo posible ciertos relatos absolutamente verídicos sobre el entusiasmo de la muchedumbre. Franco, en medio de la masa española —Uámesese andaluza, madrileña o valenciana—, queda sumergido en una oleada tan gi-

gigantesca y emocionante, tan apretada y bulliciosa, que a nadie le parecerá excesivo que las normales razones de vigilancia procuren poner coto a ellas. Justo es decir que estas razones tropiezan muchas veces con el propio deseo de Franco por sumergirse entre la alegría y el afecto multitudinario de su pueblo. Con ocasión de salir procesionalmente de su iglesia la imagen de la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, había quedado convenido que el Caudillo presenciara el paso de la comitiva desde una tribuna. Sin embargo, cuando la imagen se puso en marcha, Franco —sin más aviso— se incorporó a la presidencia de la procesión, y a través de estrechas calles donde se agolpaba un público inmenso acompañó a la Patrona de Valencia durante todo su recorrido procesional. Este gesto de piadosa entrega a la tradición más entrañable y hermosa del pueblo valenciano decidió que el entusiasmo alcanzara formas delirantes de expresión.

El Caudillo quiso también recibir el homenaje de adhesión y de afecto de la gloriosa Universidad valenciana. Todo el claustro de profesores, con el rector al frente, acudió a la residencia valenciana del Caudillo, de cuyos labios escucharon palabras de afecto y de interés. Nuevamente, los fundamentos sociales del Régimen y su reflejo en la vida estudiantil y en la exigente necesidad de que ninguna inteligencia se pierda por falta de medios, constituyeron los puntos esenciales de la breve arenga del Caudillo. Recuerdos emocionantes también hubo en sus palabras para la formidable estela de heroísmo, de sangre y de sacrificios que la Universidad española ha dejado tras de sí por la suerte y el destino de España.

Con mar fuerte y duro viento de travesía, la escuadra española largó amarras con rumbo a Palma de Mallorca. A la despedida emocionante y clamorosa de Valencia entera agolpada en los muelles del Grao había de seguir, a la mañana siguiente, el recibimiento entusiasta del pueblo mallorquín. Al amanecer, el buque insignia de la flota, en el cual viajaba el Caudillo, dió vista a la grandiosa bahía de Palma de Mallorca. Llovía torrencialmente cuando el Jefe del Estado descendía del "Almirante Cervera" y, sin embargo, el gentío continuaba a pie firme bajo el intenso temporal de viento y de lluvia. La algarabía de los gritos se confundía con el volteo general de

campanas, y en medio del aguacero la multitud agitaba los pañuelos en un delirio entusiasta e incesante.

La estancia del Caudillo en Mallorca tuvo dos ceremonias impresionantes: el traslado al panteón catedralicio de los restos de los últimos monarcas mallorquines y la inauguración del monumento a los héroes del "Balears". Mallorca —ida en la que el paso militar de Franco ha dejado amplia y laboriosa huella— recibió al Generalísimo con un entusiasmo singular, que brotaba de un agradecimiento sin límites. El archipiélago balear, clave estratégica en el Mediterráneo, ha sentido a lo largo de la pasada conflagración el zumbido próximo y terrible de la lucha. Trampolín aéreo y marítimo de colosal importancia, Mallorca y Menorca han sido siempre razones militares demasiado fuertes para confiarlas tan sólo a la suerte. La neutralidad de España implicaba, al mismo tiempo, una vigilancia muy apretada y firme sobre este grandioso baluarte insular de las Baleares, y, precisamente, esta difícilísima tarea ha sido cumplida por el Caudillo con una seriedad infatigable y con unos nervios a toda prueba. Palma de Mallorca, vigía permanente de esta neutralidad española, demostró en el clamoroso estilo de su recibimiento a Franco que había apreciado, mejor acaso que cualquier otro pedazo de tierra española, la grave tarea del Caudillo en los difíciles tiempos de la guerra europea.

Por razones muy conocidas era, sin embargo, Barcelona la ciudad que, en medio del largo viaje de Franco, había conitado el interés, un tanto morboso y casi siempre hostil, de muchos observadores extranjeros. En general, se opinaba por ahí fuera que en esta ocasión Barcelona, y con Barcelona Cataluña entera, no darían a la presencia del Caudillo la trascendencia y la admiración entusiasta de otras ocasiones. Los duros tiempos que una serie de implacables razones económicas han obligado a cruzar a toda España, habían sido especialmente procelosos en tierras catalanas, donde las consecuencias de una profunda crisis económica mundial se habían hecho sentir crudamente entre una población sujeta al servicio de la industria que, en su mayor parte, debe recibir los suministros del extranjero. Fue inmenso, conocido y meritorio el esfuerzo realizado por Franco y su Gobierno para abas-

tecer de materias primas a la industria de Cataluña, que representa un elevado tanto por ciento de la de toda España. Pero la escasez de fletes, la irregularidad de la existencia de mercancías en los mercados mundiales, y hasta un juego cruel de "navicerts", impidieron en ocasiones que esta industria de Cataluña estuviese abastecida como exigían sus necesidades. Por otra parte, son bien conocidas las dificultades de abastecimiento por las que España acababa de atravesar a causa de una atroz sequía y de la consiguiente mala cosecha que redujo al mínimo nuestros recursos en 1945. Nada permitía pensar que Franco fuese recibido friamente, pero no podía dejar de esperarse que el recibimiento hecho por los catalanes fuese menos ferviente que el tributado por otras regiones españolas. Y no fué así. Cataluña entera respondió valerosamente, con todo el corazón.

Se hizo el viaje desde Baleares a bordo del mismo crucero que desde Valencia había conducido al Caudillo a nuestras valientes islas mediterráneas, inmóviles acorazados de la flota española, perennemente anclados en el eje de las rutas mundiales. Hasta el tiempo, esa primavera española, inconstante y versátil, se dignó lucir sus galas en aquel viaje, que fué un periplo breve y gallardo sobre las aguas del viejo mar de los caudillos españoles. Cuando el crucero que conducía a Franco llegó a la vista de las aguas barcelonesas, salió a su encuentro una alegre y bulliciosa comitiva de buques pesqueros, que rodearon al buque insignia cruzándole de popa a proa con una audacia joven de delfines. Pero esto es lo episódico, y la presencia humana en las calles de Barcelona era ya historia viva del paso de España. Desde la plaza de Cataluña hasta el puerto una muchedumbre inmensa y apretada esperaba a Franco, a pie bajo el sol, prorrumpiendo en vítores cada vez que en la torre de mando del crucero almirante aparecía la silueta de Franco. Cuando el Caudillo desembarcó y se inició el cortejo por las señoriales calles de la capital del primer Condado de España, viejo emporio comercial y civilizador del mundo mediterráneo, el clamor popular estalló en una delirante y sólida alegría, en una pura unción, tal como nunca había sido conocida en aquellos lugares. No existe término de comparación que permita a quienes no vivieron

aquella jornada hacerse una idea del calor popular, ni del valor político que representaban aquellos momentos. Los que esperaban encontrar una Barcelona fría y desanimada fracasaron absolutamente en sus previsiones. Fué un río humano, un sólido turbión de gentes, el que siguió a Franco hasta la Catedral, donde se rezó el "Te Deum", y de allí hasta el lejano Palacio de Pedralbes, residencia provisional del Jefe del Estado Español.

No vamos a hacer aquí un relato completo de los viajes del Caudillo por tierras catalanas. No se arredró Franco en la visita a los lugares supuestamente más fríos, porque su desseo era, contrariamente a las previsiones, entrar en contacto, casi físico, con los trabajadores de Cataluña. Su primera visita la realizó, acompañado por el Barón de Terrades, al centro industrial donde bien pocas semanas antes se habían producido algunos turbios incidentes motivados por causas puramente económicas. Fué en aquella fábrica, situada en el corazón obrero y artesano de Barcelona, en el lugar de mayor tradición anarquista y sindicalista de España, donde Franco tuvo el recibimiento más cordial, respetuoso y emocionado. Cuando un viejo obrero saludó al Caudillo en nombre de todos los trabajadores de su fábrica, no pudo Franco retener una contenida emoción que desde minutos antes le asomaba al rostro. Estrechó el Caudillo las duras manos de aquel trabajador que había conocido todos los avatares de la política española, y el viejo obrero prorrumpió entonces en un espontáneo "¡Viva Franco!". Cuando el Caudillo salió de Sans, hubo de saludar repetidas veces a los vecinos de la barriada, que le aclamaban desde los balcones y le vitoreaban desde las calles. Allí, y entonces, quedó rota una pasada leyenda, ya sin validez en nuestro tiempo.

EL CAUDILLO Y LA ECONOMÍA DE CATALUÑA

Un inciso de carácter económico debemos hacer en este rápido relato. El momento de la visita de Franco a Cataluña coincidía con un tiempo penoso para la industria textil de la región. Los años de la guerra, la consiguiente escasez de divisas y

Las dificultades de carácter *político* puestas desde el exterior a nuestro desarrollo económico, habían impedido una renovación constante y paulatina del utillaje industrial, y las fábricas comenzaban a resentirse, en su producción y en las posibilidades de competencia en los mercados mundiales, que comenzaban por entouces a abrirse para nosotros, de este atraso y vejez de sus máquinas. Se hacía urgente una renovación del utillaje de ciertas fábricas, que de otra forma sufrirían graves trastornos, tanto en la cantidad como en la calidad de sus manufacturas. Síntoma claro del interés de Franco por este problema económico fué el que le acompañase en el viaje el Ministro de Industria y Comercio, que al lado del Caudillo visitó en aquellas jornadas los más importantes centros fabriles de Cataluña. Mientras Franco, en el clamoroso viaje catalán, ganaba más y más corazones para la causa de todos, el Ministro de Industria y Comercio ejecutaba las instrucciones y directrices dadas por Franco en orden a la necesaria modernización del utillaje industrial de Cataluña, y estudiaba la necesidad de incrementar la importación de materias primas. Demostración reveladora de esta preocupación económica, que nunca se antepone a la política, pero que en ocasiones la iguala en interés, fué el trascendente discurso pronunciado por el Caudillo después del banquete celebrado en su honor en la Lonja de Barcelona, donde el gótico y floreciente pasado de la ciudad se une y abraza con el magnífico presente. "Nuestro pueblo —afirmó el Caudillo— está dispuesto a encararse con la empresa de elevar a España en el concierto mercantil de las naciones." Y agregó: "No nos bastarían estas realizaciones materiales si no tuviéramos un objetivo más alto. Toda nuestra política se basa en tres principios: aquel por el que estamos sobre la tierra, o sea el principio católico... El otro principio es el principio de Patria... Y el último principio es el del bien social, el bien general que toda política ha de tener por meta. Esta es la gran tarea, sorda y callada, de mi gobierno; hacer los planes de ordenación económica y social de todas las provincias."

Fué este discurso de la Lonja pronunciado cuando mediana la estancia de Franco en las admirables —algunos han dicho "recuperadas"— tierras catalanas. Dos Consejos de Minis-

tros y visitas detenidas y minuciosas a los principales centros industriales de la región y a las construcciones hidroeléctricas del Pirinco, llenaron el resto de aquellas jornadas, en las que el mundo recibió un sólido mentis sobre la supuesta impopularidad de Franco y de su Régimen.

ARGENTINA Y ESPAÑA

Duraba todavía la honda resonancia del viaje de Franco por Cataluña, cuando se produjo otro acontecimiento de gran magnitud en la vida interior de España y en su proyección exterior hacia la República Argentina, cuyo Presidente D. Juan Domingo Perón, está realizando una transformación política que alcanza caracteres de verdadero acontecimiento en la vida americana. Un pueblo hasta bien poco plegado sobre sí mismo, o atraído por el espejismo de ciertas culturas hechas para la exportación, ha demostrado de pronto una vitalidad insospechada y un vigor que sirve de lección a otras naciones americanas. Y nada más hemos de decir sobre esto, porque bien cerca está aquella campaña electoral, gallardamente disputada en tierra argentina, cuyo "slogan" fué: "Braden o yo".

Y Braden perdió, y un general con honda entraña hispánica, fiel prototipo de esa fuerte y viril raza que en Europa representamos, y que él —casi debe decirse— capitanea en América, copó democráticamente el poder en Argentina, poniendo en práctica, en forma inmediata, una política social de masas de la que su país parecía hallarse necesitado. El desdén popular por las políticas retóricas y verbalistas ha trascendido desde Europa hasta la América hispana, y fué este desprecio, junto a motivos nacionales e internacionales de excepcional consideración, lo que entregó el poder a un político de gran talla, que se encontraba preparado para asumir el cargo y las responsabilidades que en él depositaba su Nación. España acogió con gran satisfacción la victoria del Movimiento peronista, que alcanzó entre nosotros una popularidad rápida y ejemplar. Fué esta misma popularidad del régimen de Perón y las ya tradicionales buenas relaciones entre Argentina y Es-

pañía las que al decidirse el viaje de la esposa del Presidente a Europa hicieron que España fuese la primera y más larga etapa de aquel viaje. Un avión español, tripulado por nuestros mejores pilotos, trajo a nuestra Patria a D.^a María Eva Duarte de Perón, que pisó la tierra de los descubridores del Plata en los primeros minutos del día 8 de junio, y que en la tarde de la misma jornada llegaba al aeropuerto de Barajas, donde era esperada por el propio Caudillo de España, la familia de S. E., representaciones diplomáticas americanas, Gobierno de Franco y una nutrida representación de la sociedad y pueblo de Madrid.

No hay espacio aquí para insertar un relato de los acontecimientos más singulares que caracterizaron la estancia de tan ilustre huésped argentino en tierra española. D.^a María Eva Duarte de Perón llegaba a España como algo más que una Embajadora extraordinaria, ya que, propiamente hablando, representaba, como el diario *Arriba* decía en su editorial, "a la entera Nación argentina". Decir que la cordialidad, en el popular entusiasmo y sinceridad del recibimiento, influyó su condición de mujer, y hasta su arrogante belleza, es reconocer algo que está bien patente en el recuerdo de todos cuantos en aquella tarde de domingo esperaron y aclamaron a la ilustre huésped desde la entrada de Madrid hasta las últimas casas de la capital, ya en el camino de El Pardo, donde el cortejo se desdibujaba entre las sombras precipitadas de aquella cálida y popular jornada de la primavera madrileña. No menos de medio millón de personas aclamaron a la esposa del Presidente Perón en las calles de la capital, y otro medio millón, cuando menos, eran las que en el siguiente día, 9 de junio, se congregaron en la Plaza de Oriente, igualando en el fervor y el número la patriótica jornada de otro nunca olvidado día de diciembre, cuando España, ante la injerencia y la torpeza extranjera se congregó en la misma plaza para expresar su más viril protesta contra las tropelías miserables de una Asamblea que pisoteaba el Derecho y la Justicia de las naciones en lugar de ampararlas y defenderlas. "Si no existieran tantas causas para encender hoy nuestro entusiasmo, nos bastaría con conocer la preocupación social que florece en la Nación argentina", dijo Franco en la recepción de bienvenida a

la ilustre dama. Por su parte, y con voz rota muchas veces por una fememina y justa emoción, D.^a María Eva dijo a los españoles desde el gran balcón central del Palacio de Oriente: "La grandeza augusta de este acto me abrumba; ante la madre Patria no puedo hacer más que caer de rodillas y sollozar de emoción."

Acaso no sea desde esta sección de nuestra REVISTA desde donde debiéramos ocuparnos de la trascendencia singular y de la repercusión internacional del viaje de la esposa del Presidente argentino, pero es evidente que al examinar este acontecimiento nacional no podemos dejar de referirnos a su repercusión fuera de las fronteras españolas. Una estúpida y miserable falta de caballerosidad había sido denotada por la prensa de ciertas naciones al poner su pluma en este viaje singular que honraba a la Argentina y a España, unidas más que nunca en la preocupación hispánica, en la preocupación social y en los comunes y patrióticos afanes para que un pensamiento y un sentimiento comunes, no se viesan pisoteados por ciertas entidades o pueblos. Bastaría citar ciertos artículos de la prensa francesa para demostrar estas afirmaciones. Desde la injuria hasta la reticencia más bollaca tuvieron cumplido asiento en los diarios de un país que, apenas concluida su liberación por ingleses y americanos, recibió de la Argentina un regalo de 100.000 toneladas de trigo, y que posteriormente ha ido enjugando sus déficits con importaciones sudamericanas. Otros acontecimientos dolorosos iban a producirse después en Italia y hasta en Suiza, acaso para demostrar que en los pueblos más cultos cualquier género de bellaquería puede tener albergue, si la protegen unas leyes más o menos democráticas que hacen posible la checcación de las masas y el extravío de los individuos.

Pero España dió en aquellos días de la presencia de D.^a Eva Duarte un cumplido ejemplo de cómo la hidalguía de sus mejores siglos, aquella hidalguía que nuestros conquistadores tra-plantarían a América, sigue floreciendo entre nosotros, entre el pueblo sencillo y llano, como jugosas flores de nuestra tradicional cortesía y gentileza. Sólo aplausos recogió en España la esposa del Presidente argentino, que permaneció algunos días en la capital, y visitó luego, en rápidos viajes rea-

lizados en avión, Sevilla, Santiago, Zaragoza y Barcelona. En esta última ciudad el recibimiento fué también ocasión para importantes demostraciones sociales en el Parque de Montjuich, donde pronunciaron discursos la bella Embajadora argentina y nuestro Ministro de Trabajo, camarada Girón. Pero la nota singular de aquel acto fué un discurso del propio Presidente de la República Argentina, retransmitido por las antenas de la Radio Nacional de España. “Juzgo esta hora trascendental para la historia de nuestro pueblo —dijo Perón—; y la juzgo así, no sólo desde el ángulo de nuestras efusiones cordiales, sino desde el más amplio de las realidades históricas de nuestra época...; vivo estas jornadas como preludio de los nuevos amaneceres de nuestra estirpe...; habéis vivido hace pocos años una cruenta tragedia, pero si vuestro espíritu ha surgido intacto y triunfante ha sido por el convencimiento de que la Paz se ha de acentar en inmutables principios de justicia para el pueblo.”

“He comprendido toda la grandeza del hombre que preside vuestra Patria”, dijo la esposa de Perón al abandonar tierra española, despedida por el Caudillo, que se trasladó con este solo fin a Barcelona. En su pecho llevaba prendida la Gran Cruz de Isabel la Católica. “Paro con alegría, que me sale de los ojos, al contemplar una España tan española y dueña de su más personal estilo. Amo tanto a España, que me duele en el corazón.”

En la tarde del 27 de junio, después de diecinueve días de permanencia entre nosotros, voló hacia Roma el avión que conducía a la esposa del Presidente argentino. España quedó para siempre con nostalgia de su presencia, pero consolada por saberse mejor comprendida por los pueblos de América, más amada por la Argentina, y plenamente compenetrada con la política cristiana y social del General Juan Domingo Perón.

LA LEY SUCESORIA

Llegamos con esto a otros emocionados sucesos políticos, que con ímpetu singular transformaron la esencia de las instituciones españolas. Desde el 1.º de abril hasta el 6 de

julio duró la campaña política realizada con ocasión de la Ley de Sucesión, que convertía a España en "Reino católico, social y representativo", y confirmaba las esencias y propósitos iniciales y permanentes del Movimiento Nacional de 1936. Fué el día 8 de junio, en el día mismo en que D.^a Eva de Perón llegaba a Canarias, cuando las Cortes aprobaron por aclamación la Ley Sucesoria, ampliamente estudiada, debatida y hasta reformada por las Cortes, siempre presentes y activas en el vivir cotidiano y en la conformación política de nuestra Patria. Fué con ocasión del estudio realizado sobre esta ley donde se demostró la eficacia de nuestros órganos legislativos, plenamente independientes y convencidos de que, al seguir las directrices políticas de Franco, no hacen otra cosa que servir en forma trascendente y decisiva uno de los momentos más singulares de la historia nacional.

Dijimos al comenzar esta reseña de acontecimientos nacionales que los últimos meses han sido el tiempo elegido por la Historia para dar testimonio de una nueva España. No hemos de recurrir, en apoyo de esta especial afirmación, a las palabras del discurso del Caudillo pronunciado el 1.^o de abril, cuando anunció al pueblo su propósito de someter al estudio de las Cortes la Ley Sucesoria. Pero es el Presidente de nuestro poder legislativo quien, con sus palabras, confirmó lo trascendente de la hora que vivía España al enderezar nuevamente sus rumbos hacia un neomonarquismo que salvase las esencias fundamentales de la tradición española, sin contrarrestar, antes confirmando, la urgencia y pulso de sus años revolucionarios y sociales. "Hay un derecho —dijo D. Esteban Bilbao— que está por encima de todos los derechos, y es el derecho de España. Por eso el Jefe del Estado, el Rey o el Regente que España quiere y para su día necesita, ha de ser encarnación viva del espíritu nacional, hoy vigilante como nunca." Entre grandes aclamaciones de las Cortes el Presidente afirmó: "La Monarquía que ha de venir, vendrá con Franco o no vendrá."

Fué en la plena y más rotunda certidumbre de esta necesidad de la política de Franco, y de que la Monarquía sólo puede llegar, cual confirmación y postrera ratificación de esa política, como el pueblo español acogió con entusiasmo la

campaña preparatoria del referéndum. Por vez primera desde el 14 de abril de 1931 iba a votar el pueblo español, alzado nuevamente en un trance revolucionario que, en esta ocasión, no podrían burlar ni contactos de codos en los jerifaltes de una política muerta, ni pactos de San Sebastián concluidos a espaldas y contra la esencia misma de la Patria. España entera comprendía que se iba a poner en juego la suerte y el destino de la Revolución nacional, sobre la que se engarzaba un Reino que, a diferencia de otro, y como había dicho el Presidente de las Cortes en su discurso defendiendo el dictamen, no podría estar "condenado a perecer en el liviano surco de unas elecciones municipales".

Para que el pueblo español ratificase en su día la Ley de Sucesión, no hicieron falta ni retumbantes discursos ni grandes mítines propagandísticos. No hizo falta, en esta ocasión singular, que políticos de varios y contrapuestos partidos, más atentos a su interés privado que al de todos, se rasgasen públicamente las vestiduras en farisaico gesto de patriotismo artificioso. Todo se hizo serenamente confirmando, antes del día designado para ello, que el pueblo español no necesitaba de espionajes ideológicos para comprender la trascendencia o importancia de sus propios momentos revolucionarios. Bastó que el Gobierno asegurase el orden y que los españoles supiesen que podrían expresar libremente su soberana voluntad. Y conste que, al hablar de esta "soberana voluntad" hemos elegido adrede tales palabras. Por primera vez en la historia política española el pueblo iba a votar sin que entre él y sus decisiones se interpusiesen los partidos; sin que una oligarquía fingiese y alterase las esencias de la democracia. Por primera vez, entre la ley y el pueblo, no iba a interponerse nada. Nunca España iba a ser —lo estaba siendo— más dueña de su hora y de su destino; nunca pueblo alguno había sido convocado con tan sinceros propósitos de democracia auténtica, de sentido popular, de confianza en sus decisiones y de respeto hacia las contrapuestas opiniones.

La campaña del referéndum se realizó con una libertad singular y especialísima, de la que debe quedar escrita constancia. No faltó quien augurase, lúgubramente, un 50 por

100 de abstenciones. Se olvidaba que una Revolución cuyo constructivo trance duraba diez años no podía ser burlada por el mismo pueblo que la estaba realizando. Y que en último extremo la lealtad a Franco, la conciencia plena de su clarividencia y previsión arrastrarían a muchos posibles disconformes con la Ley Sucesoria, de uno y otro campo, a votar a su favor. Y quienes no lo hicieron así iban a hacerlo, con mal contenido espanto, pensando en otras jornadas en que su cobardía, su abandono o su estupidez, pusieron a un monarca en trance de tomar el camino de Cartagena, dejando en Madrid una bandera que no era la de España, y la suerte misma de la Patria arrojada al camino, al azar de una Revolución sin guías, que iba a empujarnos a todos a la reacción viril del 18 de julio de 1936.

Coincidieron los días cruciales de la campaña del referéndum, realizada, como es lógico, con posterioridad a la aprobación por las Cortes Españolas de la Ley de Sucesión, con los días de estancia en España de la esposa del Presidente argentino, y algo pudo haber contribuido esta presencia a que en el extranjero no se prestase la atención requerida al acontecimiento trascendental del 6 de julio. Fué después del 27 de junio, al salir para Roma tan ilustre huésped de España y del Caudillo, cuando nos encontramos repentinamente abocados al hecho singular del referéndum, que iba a realizarse nueve días más tarde. "La Ley de Sucesión —decía por aquellos días Franco a Mr. Virgil Pinckley, Vicepresidente de la *United Press*— es una cuestión interna, pero para el exterior asegura y refuerza la paz y el orden en este lugar tan importante del mundo."

En ciertos sectores especialmente importantes llegó a prender —no hemos de ocultarlo— un desasossegado temor ante la presunta gravedad de una posible abstención que alcanzase cifras considerables. Se manifestó este desasosiego en la forma más natural y apacible: simplemente, recordando a los españoles que la Revolución estaba en marcha, y que no aprobar la Ley de Sucesión podía representar —aunque en realidad nada comprometería ni pondría en riesgo tal maniobra— el futuro de la Revolución española en marcha. Del extranjero llegaron voces insidiosas, procedentes también de Estoril, y en

esta ocasión por boca de Lord Templewood, Sir Samuel Hoare, funesto Embajador de Inglaterra en España y agente militante de las puras pasiones antiespañolas. Pero hemos de decir, por respeto a la verdad, que la intemperancia de Sir Samuel fué tan conveniente a los efectos de despertar la conciencia española como lo habían sido las de Braden para poner al rojo vivo la sensibilidad argentina. Podríamos dar las gracias al irresponsable Lord que, sin quererlo, desde luego, prestó a España un servicio que no figuraba en sus intenciones.

Ya en el límite mismo de la jornada del referéndum hubo que dar una réplica dura, corta y exacta, a los que, para sembrar la confusión, trataban de hacer creer que el derecho al voto había sido restringido a los sectores de opinión más firmemente partidarios del General Franco. Existe hoy en el mundo tal inmensa subversión en torno a la palabra "democracia", que algunos bellacos pudieron pensar que íbamos a recurrir aquí a ciertas fórmulas de mixtificación y engaño fraudulento, al uso en las subdemocracias aplastadas por la política soviética, donde las victorias se consiguen, como en Polonia, Bulgaria, Rumania o Hungría, privando del voto a la oposición y concediéndolo sólo a los partidarios del Gobierno. Se quiso confundir la exigencia de una Ley Electoral vieja, de casi cuarenta años, que priva del voto a los que por delitos comunes purgan su pena en las cárceles, con una restricción gubernativa del derecho al voto. Era, lo repetimos, una maniobra final; algo así como un despliegue de carros ligeros en el "no man's land" de una gran batalla. Pero la maniobra, torvamente concebida, fracasó con ruido, porque, como siempre, estábamos ciertos de nuestra aplastante razón y de los imperativos legales puestos en juego para la singular contienda del referéndum. La Ley Electoral de 1909 era clara y precisa en sus términos y no dejaba lugar a las confabulaciones dolosas, ni a las estufas de la opinión internacional. Eran pocos, muy pocos, los que no votarían, y eso no en virtud de ninguna disposición partidista del actual régimen de los españoles. La especialísima ocasión del referéndum no iba a servir, por nuestra parte, para ninguna maniobra de bajo tono electoral, al estilo de las puestas en uso durante la República y, antes de ella,

para mantener el poder en las manos de una oligarquía de intereses, disfrazada de partido político.

En plena serenidad, sin que ningún incidente perturbase el reposo de la jornada, se llegó al domingo 6 de julio. Desde la primera hora de la mañana, filas interminables de electores se agrupaban ante los colegios, aguardando su turno para cumplir con sus deberes cívicos, especialmente trascendentes y singulares en tal ocasión. Existía, debemos decirlo, un clima de 14 de abril al revés, pero sin que esto representase contradicción alguna con los propósitos revolucionarios del pueblo y de su expresión, que es el gobierno de Franco. Creo --no quiero olvidar nada-- que sí hubo un incidente; en cierta localidad de la zona minera de Asturias se desplomó el piso de un colegio electoral, resultando algunos heridos. Esto fué todo, y bien lejos estamos de aquellos aterradores balances de las elecciones republicanas, cuando cada contingencia electoral costaba tantos muertos o heridos como cualquier batalla de pasados tiempos.

Fué con recogimiento, con emoción íntima, sentida y profunda, como España conoció los resultados verdaderamente aplastantes de la consulta popular. El pueblo había respondido exactamente como se esperaba, como debía y podía esperarse de una Nación que ha aprendido a buscar mejores caminos en una marcha sembrada de dolores y de experiencias. La solidez política, la cohesión íntima y profunda de los españoles en torno a su régimen popular quedó aquel día más que demostrada. ¡Qué inmensa lección para los que en la O. N. U. habían calumniado vilmente a España, a su Régimen y a su Caudillo! De los 17 millones de votantes registrados en el Censo electoral, emitieron libremente sufragio 15.219.663 españoles, de los cuales votaron "sí" 14.145.163, esto es, el 92,94 por 100. Recordamos que el Frente Popular sólo obtuvo una votación del 44,39 por 100; tenemos una justa expresión numérica de la forma auténticamente admirable con que el pueblo español expresó su adhesión a la Ley Sucesoria, al Régimen y al Caudillo de España.

Ninguna consideración, ningún razonamiento, ninguna disquisición puede alterar el valeroso y escueto balance de estas cifras. A los once años de su Revolución, el pueblo español de-

mostraba que la seguía con el ímpetu magnífico de los días de la guerra, y que, para manifestar su independencia y su libertad ante las injerencias extranjeras, España era un cuerpo unánime, sólido y coherente, dispuesto a rechazar la provocación por la vía directa de su más fervoroso asentimiento hacia el Régimen nacional.

Pero debemos cortar aquí este relato del triunfo de la Ley Sucesoria española, y de la confirmación de la popularidad interna del Régimen de Franco en el referéndum del 6 de julio. Ocasión excepcional, repetimos, en que la hombría y la ciudadanía de los españoles quedaron nuevamente confirmadas. Experiencia política de enorme consideración, de monumental importancia, que marca un hito singular en nuestros destinos y en nuestra historia contemporánea.

ISMAEL HERRÁIZ.

